

NECROLÓGICA: ALFONSO CASO (1896-1970)

Dentro de una familia numerosa nació Alfonso Caso el primero de febrero de 1896. Brillante estudiante —cualidad que lo acompañó hasta el día de su muerte— recibió su título de abogado en 1919 y al año siguiente obtuvo la maestría en Filosofía en la misma Universidad Nacional de México. Eminente-mente dotado para la cátedra fue profesor de Lógica y de Epistemología desde 1918 hasta 1940 y de Leyes desde 1919 hasta 1929. Uno de sus alumnos, Agustín Yáñez, escribió años más tarde palabras inolvidables sobre lo que le pareció Don Alfonso por aquel entonces "... me impresionó lo categórico de la figura, de los movimientos y, sobre todo, la inflexión de voz no daba margen a la discusión. . . A la impresión —casi sólo sensación— elemental, procedía, o quizá era simultánea, la impresión también absoluta, de claridad. Sí, era uno y el mismo impacto: claridad categórica, de condición irrefutable. Claridad inflexible, como el acento de la voz, como los ademanes, como la figura. No sugería el vigor de la piedra, sino del acero. Fuerza móvil, ágil, exacta. . . Ni la influencia del discurso, ni el tono categórico daban margen a interrogaciones y discusiones; por otra parte, las hacían innecesarias la claridad, el método y lo contundente de la exposición; modulada como a martillazos, aquella voz preguntaba y se respondía implacable, sistemáticamente. Ésa era la virtud primaria de su maestría filosófica: convertir los problemas en vivencias, con agudeza cenital." No

quiero alargar más la cita pero cámbiese la palabra filosofía por la palabra arqueología y esa fue —aunque menos bien dicha— mi impresión durante los años que seguí sus clases en la Escuela de Antropología y durante las numerosas conferencias que tuve la suerte de escucharle. Y es que en él, el investigador era siempre un maestro no sólo lúcido como pocos, sino dispuesto con la mayor generosidad a enseñar a cuantos estaban genuinamente interesados en la materia.

No me ocuparé aquí de todos los aspectos de la vida activa o de la personalidad polifacética de don Alfonso. Pero hay que señalar a los que no tuvieron la fortuna de tratarlo que, como sucede con hombres tan totales, sus trabajos escritos muestran su talento y su erudición sin dar idea del vigor de su personalidad y de esa inteligencia que con frecuencia parecía funcionar sola, “era una razón que discurría desencarnada”.

Como el mismo don Alfonso relataba —sintetizando en un momento lo que debió ser un proceso mental y afectivo— fue después de una excursión a Xochicalco cuando decidió que necesitaba entender lo que las ruinas eran y lo que los jeroglíficos significaban. En otras palabras, descontento con las vanas hipótesis que se formulaban en el México de los años veintes sobre nuestro pasado indígena, quería que hablaran esos mudos monumentos. Ni tardo ni perezoso, se puso a leer lo que pudo encontrar y se inscribió en los pocos cursos sobre el tema que en la ciudad se daban. Indudablemente su maestro más importante fue Hermann Beyer de quien heredó la tradición ilustre de Eduardo Seler. ¡Y cómo sobrepasó en sus propias especialidades a estos dos estudiosos! A su “ojo” de artista añadió prontamente el conocimiento que le permitió con el tiempo no sólo interpretar monolitos sino descubrir el misterio hasta entonces apenas entrevisto de los códices históricos. Y en este campo fue un verdadero genio que veía en una piedra deslavada o en un manuscrito borroso cuanto en ellos había pero no a base de simple imaginación sino de imaginación unida a un profundo entendimiento del estilo, de los motivos y las ideas indígenas. De aquí la profunda verdad de lo que dijo de broma a un ignorante que se mostraba incrédulo ante la explicación de un monumento y le preguntó dónde se vendían esos anteojos arqueológicos. “Se venden en la biblioteca” replicó.

Tras de algunos ensayos primeros, ya llenos de erudición y de intuición, publica en 1928, el hoy tan raro volumen sobre las

Estelas Zapotecas. Esto lo lleva, casi necesariamente, a la exploración de Monte Albán donde creyó poder encontrar una clave completa para descifrarlas. No fue así, pero ¡qué años de encuentros espectaculares pasó en esa ciudad maravillosa! Desde la primera temporada, la suerte le deparó el encuentro de la tumba 7. El encuentro fue casual pero la manera de estudiar ese tesoro incomparable nada tuvo de accidental y se refleja en el magnífico libro que publicó —treinta y siete años más tarde— con el título de “El Tesoro de Monte Albán”.

Pero esta obra es sólo parte del gran tema de Alfonso Caso: el estudio de los códices y las inscripciones del antiguo México. Ya hemos visto sus inicios pero su madurez llega en la extraordinaria serie de artículos y libros que publicó —y algunos más que saldrán póstumamente— sobre los códices, particularmente los mixtecos. En esa temible labor que duró cuarenta años se lanzó a terrenos de estudio donde ninguno le podía señalar el camino y logró descifrar una escritura olvidada y revivir un mundo perdido. Encontró la clave fundamental en un documento aparentemente de importancia secundaria y que publicó en 1949 con el título de “El Mapa de Teozacualco”. Este pequeño folleto es un gran monumento.

Esa clave era sobre todo cronológica ya que antes no había sido posible anclar las fechas de las dinastías mixtecas con fechas que pudieran traducirse al calendario cristiano. Por ello la necesidad para Caso de estudiar a fondo no sólo los códices mixtecos —y todos los demás del centro de México— sino de adentrarse dentro del espinoso problema de la sincronología indígena-occidental. Éste fue su segundo gran tema. En una conferencia célebre pronunciada ante la Sociedad Mexicana de Antropología el 19 de mayo de 1938, estableció una nueva correlación, rectificando las anteriormente propuestas, entre el calendario azteca y el cristiano. Parte de sus esfuerzos en este campo aparecieron reunidos y puestos al día en el volumen “Los Calendarios Prehispánicos” que editó la Universidad de México.

Hubo un tercer tema central en los estudios de Caso, necesario para los dos anteriores, el de la religión indígena. Lo había iniciado desde sus primeras publicaciones y se siguió ocupando de él a todo lo largo de su vida. Incluye su tan importante monografía “El Pueblo del Sol” publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1953.

No pretendo, ni podría, ocuparme de todos los otros aspectos científicos que le apasionaron, desde las secas clasificaciones de cerámica en Monte Albán y otros sitios hasta su pasión por destruir las leyendas e hipótesis sobre el origen extracontinental de las altas culturas americanas. Este asunto le preocupaba mucho, no sólo por sus connotaciones científicas sino por sus implicaciones sobre el valor de las culturas indígenas, la importancia que tuvieron y el respeto que merecen sus actuales descendientes. Pensaba que se les rebajaba al suponer que no habían sido capaces por sí solos de producir su civilización y los antecedentes que la crearon.

Ya mencioné su sentido estético. Sus numerosos trabajos sobre temas que caben más bien dentro de la historia del arte prehispánico, lo atestiguan. Ello le permitió descubrir aspectos importantes de la estética indígena, descubrimientos que —una vez más— sólo fueron posibles porque unía a su intuición un vastísimo conocimiento de la cultura que produjo esas obras maestras. Esta preocupación por el arte la tuvo desde muy joven. Su tesis para obtener la Maestría en Filosofía, es un “Ensayo para una nueva clasificación de las artes”. Aunque es aun netamente filosófica ya sugiere al futuro descubridor y sobre todo al incomparable analista de las obras maestras que le tocó estudiar.

Como más o menos dije el primero de diciembre de 1970, día de su entierro, Alfonso Caso no sólo deja sus obras, sino un recuerdo en todos nosotros. Nunca podremos olvidar al hombre mismo, su fuerte personalidad, su inteligencia combinada con humanidad, que era bondad. Y es que don Alfonso que se decía ateo fue —como ya lo había percibido hace años Carlos Lazo— uno de los ejemplos cristianos más claros que he conocido. Había conservado íntegra la estricta moral que le inculcó su madre, por mucho que hubiera desechado la fe. Él sí que entendió a fondo el significado y la dignidad de ser hombre y supo tomar como hombre los honores, los triunfos y las alegrías pero también las penas y los desengaños.

Ignacio Bernal